

dad que nos circunda por un procedimiento por el que pretendemos poseer esa realidad, en verdad nos la hemos hecho inaccesible.

Consideremos que la operatividad del pensar considerado como una técnica para apoderarse de la realidad (*raison*), es característica del siglo XIX.

Manifiéstase esta verdad de mil modos distintos que acreditan que el siglo decimonónico es acabadamente irreal, en el sentido de no lograr aprehender en su vital lozanía la existencia real de los seres. Queda siempre más acá de esta realidad auténtica, porque el pensamiento filosófico de la época en líneas generales, empieza y concluye en la razón de suerte que siempre queda transcendente la realidad de verdad de todos los entes que no lo son de razón.

En Fichte, v. g., es asombroso el valor que adquiere la «vida» en general y la acción del «yo» en particular, no obstante queda su sentido vinculado de tal modo a la razón especulativa que ese término «vida» pierde su carácter de «vital» y se asimila al concepto más amplio de «acción» que a su vez es susceptible de recogerse y expresarse por el simbolismo matemático. Precisamente en la primacía filosófica que adquiere el pensamiento matemático, —el ejemplo perfecto lo proporciona Höene Wronski— se evidencia la «irrealidad» característica de la perspectiva intelectual del siglo XIX.

En otros sectores del conocer se puede hallar el mismo matiz de lejanía. En la prosa «técnica» en exceso de Flaubert; en la pintura moderna, tanto en la forma como en el contenido.

Lo que he querido subrayar, y complicitamente lo he venido haciendo, es de qué modo el crecimiento de la técnica en la época moderna se corresponde, desde su estrato superficial, a la ausencia desde un estrato hondo de una perspectiva filosófica para «ver» la existencia.

